

GANADORA AUTONÓMICA



CASTILLA Y LEÓN

Amanda Ramos – Nuestra Señora del Carmen

LA EXTRAÑA HISTORIA DE AMADEO Y MARILDA

En la esquina del hotel situado junto a la Casa Palacio de los Rosa, un mendigo hurgaba con parsimonia entre la basura de un contenedor que, sin embargo, parecía encerrar todo el vacío del cosmos. Entonces recordó aquella frase que había dicho siempre entre amigos en tono de burla: “En aquel tiempo siempre estaba moviéndome”. Qué triste es la vida, pensó, y siguió con sus tareas matutinas. Mientras tanto, el silencio sonrosado de la aurora se desplegaba sobre el inconsciente existencial que se desperezaba del letargo nocturno detrás de cada balconada de flores de la Calle Real.

Marilda había nacido cuarenta veces, y su ilusión por vivir, todavía intacta a pesar de los sueños perdidos, la impulsaba a abrir las ventanas de cada día para bendecir la luz. Su ajetreada vida como soprano principal de la Compañía Lírica Estatal obligaba a Marilda a viajar de ciudad en ciudad sin descanso, y a arrebatar los corazones de todos los teatros del mundo. Los destellos de cristal de su voz trenzaban hermosas palabras de amor al albur de una música azul que evaporaba con su belleza los colores del rocío. A pesar de su gracia natural, tenía una mirada que delataba, en las profundidades, una cierta melancolía.

Amadeo, en cambio, arrojaba su voz amarga sobre un torbellino incesante de sonidos ocultos que emergían de las profundidades de su maltrecha guitarra. Un día más, sentados sobre la escalera del ayer, sus deseos flotarían en el aire vigilando cualquier movimiento extraño que pudiera romper la armonía del trabajo habitual de la calle.

Su vida gris había quedado perdida en algún lugar del que ya no recordaba ni su nombre, y después, durante mucho tiempo, sus ojos se especializaron en examinar todas las miradas que se cruzaban con la suya, con la esperanza de encontrar algún día la mirada enigmática de ella.

Estigmatizado por su estrepitosa debacle, desorientado por su caída en seco, denostado por cerrar las puertas del maravilloso futuro que le habían proyectado al nacer, angustiado por la dolorosa huida de su amada, ahora sabía que cada instante de la vida es simplemente sagrado,

y, obligado finalmente a elegir, Amadeo prefirió la libertad de envolverse con el aire, amar todos los lugares y acariciar cada noche el universo.

A esa hora el aire se retozaba entre esencias de azahar y rosas. Mientras las primeras luces del alba escalaban la pared de la mansión de los Rosa, los característicos sonidos de la calle se iban imponiendo al silencio de las últimas sombras. Parecía un día de verano como otro cualquiera... Amadeo comenzó a acariciar su violín apasionadamente, entre las calles Real y Esperanza. La primera melodía del día marcaba la hora exacta en que el cafetín Royalty abría sus puertas. Aquella mañana, como siempre, el bondadoso Uriel levantó las persianas del majestuoso café saludando a Amadeo para que se acercara a su mesa preferida, situada junto a la ventana. La generosidad de Uriel y su amor por la música la empujaban a regalar todos los días un desayuno caliente al extraño violinista.

Sobre la mesa podía apreciarse un ramillete de lemas o frases más o menos ingeniosas que diferentes viajeros habían ido escribiendo a lo largo de los años: “Me persiguen los aullidos del olvido”; “Nacemos de la noche y somos luz efímera”; “Dependemos del ocaso para seguir respirando”; “Las calaveras nunca lloran”; “No encuentro la manera de encontrarme”. Cada mañana Amadeo se perdía entre ellas mientras calentaba sus manos con la taza de porcelana.

Amadeo, según su estado de ánimo, alternaba a lo largo de la jornada el sonido puro del violín con los lamentos de su guitarra y de su voz desgarrada. Entre sus escasas pertenencias destacaba un paraguas azul como una noche estrellada y dos sombreros de gran elegancia que también utilizaba según su estado de ánimo. El sombrero blanco del amanecer, si ese día su espíritu se encontraba completamente activado, y el sombrero negro del anochecer si, por el contrario, le derrotaba su carácter depresivo. Su ánimo oscilaba de la luz a la sombra, y de la sombra a la luz, en un mismo día. Amanecer y anochecer eran dos conceptos que sólo existían en su mundo interior. Amanecer era sinónimo de vida, de esperanza, de música, y anochecer significaba la nada, la melancolía, el silencio.

Algunas veces, al finalizar la jornada, una vez recogidos sus enseres, se sentaba en la terraza del Café Royalty para disfrutar de una bebida estimulante y de un plato de comida, junto a un débil farol como única compañía. Después emprendía el camino hacia el albergue de peregrinos donde se hospedaba, situado en una calle cercana.

En la calle Real, cada día, se repetía la misma historia. Era un teatro al aire libre. A primera hora, la calle se mostraba vacía como una página en blanco. Después, vecinos y viandantes iniciaban su jornada y comenzaba la función. Iban escribiendo sus vivencias paso a paso. Cada instante vivido sería, a continuación, un recuerdo. Y después olvido, sólo olvido... En aquella calle, tan pronto caminaba la tristeza como gritaba la alegría, la inocencia abría los ojos del sol y la amargura se apoyaba en un árbol. La belleza respiraba el aroma de las flores, la armonía perfumaba el aire, la felicidad entonaba canciones infantiles, la imaginación volaba de rama en rama, el deseo ofrecía sus labios en un rincón y la nostalgia se abrazaba a una taza de café. Amadeo se había especializado en entrar en el alma de las personas, y descifrar sus misterios, pero a veces, cuando no levantaba la vista del suelo, reconocía a la gente por sus zapatos. Conocía sus rasgos de personalidad, sus deseos y necesidades, sus inquietudes y angustias, sus sueños e ilusiones por el ritmo que marcaban los tacones en el empedrado. Las suelas desgastadas de los zapatos también contaban detalles de los avatares del camino.

Él también tenía su propia historia. Primer violín de la gran Orquesta Sinfónica Nacional, y un futuro prometedor ante sus ojos. Pero sin darse cuenta, una espiral vertiginosa había atrapado su vida como si de un agujero negro se tratara. Ella no pudo soportarlo y, aunque nunca dejó de amarle, un aciago día, sin previo aviso, se fue para siempre.

Aquella mañana en la que la luz era más pura y más blanca de lo habitual, una polifonía de vencejos presagiaba sucesos nuevos. Un extraño pensamiento comenzó a invadir su mente, mientras una niña escuchaba embelesada su música con una sonrisa pura, luminosa, con la que Amadeo encendió el firmamento de su malherido interior. De pronto, la calle comenzó a tener un brillo natural creciente y, surgiendo de la nada, como si un destello de luz transitara por el empedrado, Amadeo comenzó a escuchar el ritmo acompasado e inconfundible que marcaban los tacones de ella, la más hermosa, sublime, majestuosa, divina, perfecta, y, como por arte de magia, su suave silueta cruzó ante sus ojos. Entonces Amadeo comenzó a tocar una canción inédita, esa que alguna vez escribieron juntos en la inmensidad de la noche, bajo las estrellas, junto al mar.

Ella se detuvo, conmovida, turbada, desorientada. No podía ser. Marilda se giró hacia Amadeo con los ojos cerrados, y él dejó de tocar, pero su música no se detuvo. Una fabulosa fuerza le impedía proyectar sus ojos hacia ella. De pronto, una nube errante se situó encima de sus cabezas, y Marilda abrió los ojos, Amadeo levantó la vista y se cogieron de las manos. Por un momento fueron una sola vibración.

A continuación ocurrió algo insólito: Un fuerte viento separó sus sombras abrazadas y ella, sin saber por qué, continuó su camino con el corazón latiendo de forma irregular. Por un momento el azul vidrioso de los ojos de Amadeo se había fundido con las pupilas verdes de Marilda.

Una lluvia fulminante descargó su ira sobre la calle y el silencio que precede a la tragedia los visitó de una melodía tristísima como una lacrimosa.

Cuentan que desde la casona de los Rosa se vio a una figura espectral lanzar al aire un grito escalofriante, como un lamento desesperado. Lo curioso es que nunca más volvieron a verles. También se vio cómo un paraguas azul como un atardecer y dos sombreros vaporosos giraban sobre sí mismos, a merced de la rosa de los vientos, bailando un bellissimo vals, bajo un arcoíris de oro y plata, dibujando en el aire cuerpos geométricos, como numerosas constelaciones de infinitas estrellas.